



Día de las Escritoras 2020
El esfuerzo cotidiano de las mujeres
Comisaria: Elvira Lindo
Lunes 19 octubre 2020
19:00 h.



Introducción

Bien se podría decir que la literatura escrita por mujeres está a menudo espoleada por una conciencia esencial del esfuerzo. En clave autobiográfica o como representación de una colectividad destinada a un trabajo poco o nada reconocido las mujeres expresan cuánto trabajo precisa el acto de amar, de tener hijos o de desear la soledad, cuán férrea voluntad hay que reunir para defender una vocación al tiempo que se cumple con las tareas que ha acarreado tradicionalmente la condición femenina. La voz de las mujeres suele exhalar un aliento esforzado, una conciencia constante de que la vida siempre ha de exigirles más que a los hombres.

De Teresa de Jesús a Idea Vilariño, de Luisa Carnés a Alfonsina Storni, pasando por Elena Fortún, Luz Pozo, Concha Méndez, Mercé Rodoreda, Circe Maia, Gabriela Mistral y tantas otras en cuya escritura se refleja el esfuerzo de vivir, la vida trabajada, el cansancio y la voluntad de cumplir, a pesar de las trampas del camino, con una vocación tozuda e intensa.

Elvira Lindo
Comisaria del Día de las Escritoras 2020

TEXTOS

1-TERESA DE JESÚS (Ávila, 1515 – Alba de Tormes, 1582)

De *Cantos del corazón enamorado*

“Vuestra soy”

Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Soberana Majestad,
Eterna Sabiduría,
Bondad buena al alma mía;
Dios alteza, un ser, bondad,
La gran vileza mirad,
que hoy os canta amor así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criastes,
vuestra, pues me redimistes,
vuestra, pues que me sufristes,
vuestra pues que me llamastes.
Vuestra pues me conservastes,
vuestra, pues no me perdí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí, mi dulce Amor,
Amor dulce, veisme aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma:
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición.
Dulce Esposo y redención
pues por vuestra me ofrecí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida:
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad;
dadme guerra o paz cumplida,
flaqueza o fuerza a mi vida,
que a todo digo que sí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno o dadme cielo,
Vida dulce, sol sin velo:
pues del todo me rendí,
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración,
si no, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
sólo hallo paz aquí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
o por amor, ignorancia.
Dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía:
dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí y allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que esté holgando,
quiero por amor holgar.
Si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando.
Decid, dónde, cómo y cuándo.
Decid, dulce Amor, decid:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa;
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa
o estéril, si cumple así:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea Josef puesto en cadenas,
o de Egipto Adelantado,
o David sufriendo penas,
o ya David encumbrado;
Sea Jonás anegado,
o libertado de allí:
¿Qué mandáis hacer de mí?

Esté callando o hablando,
haga fruto o no le haga,
muéstrame la Ley mi llaga,
goce de Evangelio blando;
esté penando o gozando,
sólo Vos en mí vivid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, para Vos nací:
¿Qué mandáis hacer de mí?

En ***Poesía y pensamiento (Antología)***. Madrid, Alianza, 2018
(Págs. 36-39)

2-ROSALÍA DE CASTRO (Santiago de Compostela, 1837 – Padrón, 1885)

De *La hija del mar*

Prólogo

Antes de escribir la primera página de mi libro, permítase a la mujer disculpase de lo que para muchos será un pecado inmenso e indigno de perdón, una falta que es preciso que se sincere.

Bien pudiera, en verdad, citar aquí algunos textos de hombres celebres que, como el profundo Malebrache y nuestro sabio y venerado Feijóo, sostuvieron que la mujer era apta para el estudio de la ciencias, las artes y de la literatura.

Posible me sería añadir que mujeres como madame Roland, cuyo genio fomentó y dirigió la revolución francesa en sus días de gloria; madame Staël, tan gran política como filósofa y poeta; Rosa Bonheur, la pintora de paisajes sin igual hasta ahora; Jorge Sand, la novelista profunda, la que está llamada a compartir la gloria de Balzac y Walter Scott; Santa Teresa de Jesús, ese espíritu ardiente cuya mirada penetró en los más intrincados laberintos de la teología mística; Safo, Catalina de Rusia, Juana de Arco, María Teresa, y tantas otras, cuyos nombres la historia, no mucho más imparcial que los hombres, registra en sus páginas, protestaron eternamente contra la vulgar idea de que la mujer sólo sirve para las labores domésticas y que aquella que, obedeciendo tal vez a una fuerza irresistible, se aparta de esa vida pacífica y se lanza a las revueltas ondas de los tumultos del mundo, es una mujer digna de execración general.

No quiero decir que no, porque quizá la que esto escribe es de la misma opinión.

Pasados aquellos tiempos en que se discutía formalmente si la mujer tenía alma y si podía pensar – ¿se escribieron acaso páginas más bellas y profundas, al frente de las obras de Rousseau que las de la autora de *Lelia*? – se nos permite ya optar a la corona de la inmortalidad y se nos hace el regalo de creer que podemos escribir algunos libros, porque hoy, nuevos Lázaros, hemos recogido estas migajas de libertad al pie de la mesa del rico, que se llama siglo XIX.

Yo pudiera muy bien decir aquí cual fue el móvil que me obligó a publicar versos condenados desde el momento de nacer a la oscuridad a que voluntariamente los condena la persona que sólo

los escribía para aliviar sus penas reales o imaginarias, pero no para que sobre ellos cayese la mirada de otro que no fuese su autora.

No es éste, sin embargo, el lugar oportuno de hacer semejantes revelaciones.

Al público le importaría muy poco el saberlo y por eso las callo.

Pero como el objeto de este prólogo es sincerarme de mi atrevimiento al publicar este libro, diré, aunque es harto sabido de todos, que, dado el primer paso, los demás son hijos de él, porque esta senda de perdición se recorre muy pronto.

Publicados mis primeros versos, la aparición de este libro era forzosa casi.

La vanidad, ese pecado de la mujer, de que ciertamente no está muy exento el hombre, no entra aquí para nada: un libro más en el gran mar de las publicaciones actuales es como una gota de agua en el océano.

El que tenga paciencia para llegar hasta el fin, el que haya seguido página por página este relato, concebido en un momento de tristeza y escrito al azar, sin tino, y sin pretensiones de ninguna clase, arrójelo lejos de sí y olvide entre otras cosas que su autor es una mujer.

Porque todavía no les es permitido a las mujeres escribir lo que sienten y lo que saben.

La hija del mar. Madrid, Akal, 1986 (Págs. 15-17)

3-DULCE MARÍA LOYNAZ (La Habana, 1902-1997)

De Versos (1920-1938)

Cheché

(Muchacha que hace flores artificiales)

Dedico estos versos a la señorita
Mercedes Sardiñas, heroína anónima.
A ella devotamente.

D.M.L.

Cheché es delgada y ágil. Va entrada en el otoño.
Tiene los ojos mansos y la boca sin besos...
Yo la he reconocido en la paz de una tarde
como el Hada -ya mustia...- de mi libro de cuentos.

Cheché es maravillosa y cordial; vuela sin
alas por calles y talleres. En invierno
hace brotar claveles y rosas y azucenas
con un poco de goma y unas varas de lienzo...

Esta Cheché hace flores artificiales. Ella
es la abastecedora de escuelas y conventos...
¡La primavera la hace florecer como a tierra
virgen!...Y la deshoja y la sacude en pétalos...

Ella tiene la altura de los lirios pascuales
en sus manos; y tiene que pasar por sus dedos
la mística corona para la niña de
Primera Comuni3n, enviada desde el cielo...

Cheché no llora nunca. Ni necesita cantos
en su trabajo largo, silencioso, ligero...
Es seria sin ser agria; es 3til sin ser tosca;
es tierna sin blanduras y es buena sin saberlo...

Yo no sé de 3rbol fuerte m3s fuerte que su alma...
Ni de violeta humilde comparable a su gesto.
Ni sé de ojos de ni3o m3s puros que sus ojos,
ni de m3sica grata a3n m3s que su silencio...

Ella es la Primavera Menor, la Segadora
de prados irreales, de jardines inciertos...
¡Ella es como un rosal vivo!... Como un rosal:
¡Cuando ya hasta las flores su aroma van perdiendo,
yo he encontrado en las flores de Cheché la fragancia
de los antiguos mayos, de los cerrados huertos!...
Más que un clavel me huele a clavel su inocente
clavel de trapo... ¡Y más que otras tierras yo creo
que serviría para sembrar una esperanza
la poca tierra humilde y noble de su pecho!...

En ***Poesía completa***. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1993
(Págs. 56-57)

4-BLANCA VARELA (Lima, 1926-2009)

De *Canto villano* (1972-1978)

Curriculum vitae

digamos que ganaste la carrera
y que el premio
era otra carrera
que no bebiste el vino de la victoria
sino tu propia sal
que jamás escuchaste vítores
sino ladridos de perros
y que tu sombra
tu propia sombra
fue tu única
y desleal competidora.

***En Poesía Escogida 1949-1991*. Barcelona, Icaria, 1993 (Pág.73)**

5-Errose Bustintza, *Mañariko* (1899-1953)

De Azkondoko Neskea

Antxinako negualdi baten, Azkondo deritxan basetxeko alaba bakarra Etxebarriarueta deritxan basetxera goruetan ekiten joaten zan. Etxebarriarueta etxagun gaztea Azkondoko alaba bakarraren senargeia zan. Eta hori zala-ta, Azkondoko neskatilea bere senargeiaren etxera goruetan ekiteko atxakiaz poz-pezik joaten zan.

Arrueta auzotegiko neskatilarik gehienak be orduko aldian Etxebarri basetxera gauero-gauero joaten ziran; goruari eta barriketeari eten barik ekinaz, neguko gau luzeak zelan edo halan laburtu guran. Azkondoko etxaguna bere alabea gauetan etxetik kanpora joaten zalako haserrez egoan; gazteen arteko gau-ibilerak beti edo gehienez kaltegarriak izaten zirala-ta.

Neskeak, baina, aitaren esanari jaramonik be ez; eta neska tematia, bere aitaren agirakak ez entzutearren, aita lotan egoan bitartean etxetik kanpora joaten zan.

Ilargi eta izar bako gau ilun-ilun baten, Azkondoko neskatilea, goru-ardatzak esku batean eta galtzu-esku isiotua¹³⁶ bestean ebala, beste gauetan lez Etxebarriarueta joateko asmoz etxetik urten zan. Eta eskuzuziaren argiz bideak ederto argizten ebazala, Sailuenteko iturrira heldu zanean lamina luze-luze bat ikusi eban. Eta orduan, eskuzuzia ahal eban bestean gora jasota, ikaraz bazan be, lamineari begira jarri zan.

— Neskato, gau baltz honetan nora arrano hoa? —lamineak begi zeharka itandu eutsan.

— Heldu eta bertara... —neskeak siku eta idor erantzun eutsan.

— Lotsabakotzarro! Heure senargeiaren etxera ez al hoa?...

Etxebarriarueta hoa, ezton?

— Bai, horrax bertara —neskeak barreka esan eutsan.

— Eta, Etxebarriarueta hoala dinon? Senargeiaren etxera gauaz joateko, horraitik, hire aitaren etxean lotsarik ez itzalik ez jagon. Barrero ez haditela joan, gero! Bestela... —lamineak ben-ben esan eutsan.

En *Ipuinik-ipuin Mañarian gora*. Labayru Fundazioa, Bilbao, 2009

De *La joven de Azkondo* (Traducción Igone Etxebarria)

En una época de invierno hace mucho, la única hija de del caserío Azkondo se trasladaba al caserío Etxebarriarueta a hilar. El joven mayorazko de Etxebarriarueta era el novio de la única hija de Azkondo. Por ese motivo, la joven de Azkondo iba muy contenta a casa de su novio con la excusa de ir a hilar.

La mayor parte de las jóvenes del barrio de Arrueta acudían todas las noches al caserío Etxebarri, dedicándose sin cesar al hilado y a la cháchara, tratando de acortar las largas noches de invierno.

El propietario de Azkondo estaba furioso porque su hija iba por las noches fuera de casa; las veladas entre los jóvenes eran siempre o casi siempre perjudiciales.

La muchacha, sin embargo, no obedecía a las indicaciones de su padre, y la obstinada joven, por no oír las riñas de su padre, se marchaba de casa mientras éste dormía.

Una noche muy oscura, sin luna y sin estrellas, la niña de Azkondo, con los husos en una mano y un manojo de trigo encendido en la otra, salió de casa como otras noches para dirigirse a Etxebarriarueta. Cuando llegó a la fuente de Sailuente vio una lámia muy muy alta.

Y entonces, alzando la antorcha lo más que pudo, asustada, miró a la lamia.

— Niña, ¿adónde demonios vas en esta noche oscura? – la lamia le preguntó mirándola de reojo.

— Ahí mismo — le respondió la joven secamente.

— ¡Sinvergüenza! ¿Acaso no vas a casa de tu novio? Vas a Etxebarriarueta, no es así?

— Sí, ahí mismo – dijo ella riendo.

— ¿Y dices que vas a Etxebarriarueta? Para ir de noche a casa de tu novio, desde luego, en casa de tu padre no hay respeto ni vergüenza. ¡Que no vuelvas a ir, si no... — le dijo la lamia muy seria.

En *Ipuinik-ipuin Mañarian gora*. Labayru Fundazioa, Bilbao, 2009.
Traducción Igone Etxebarria

6-ELENA FORTÚN (Madrid, 1886-1952)

De *Oculto sendero*

- Usted me ha dicho que ha tenido hijos...
- Sí, señor... esto era lo único que lo justificaba a mis ojos... si no... El día siguiente es peor aún... Me siento ultrajada, creo que en la cara me lo conocen... y a él le detesto... Siento el mismo horror que si me hubiera violado a la fuerza...
- ¡Ya!
- Y no es brutal, no señor... Yo no sé cómo decir a usted... Al contrario, es un hombre delicado, que quisiera verme más femenina...
- ¡Ya!
- Ha procurado hacerme sentir el placer y algunas veces lo ha conseguido plenamente... ¡Usted comprenderá...! Pero al otro día, ¡más horror...! ¡No puedo admitir eso en mi vida...! Miro a la cara de las mujeres a ver si en ellas descubro el mismo horror al macho... Y no. ¡Soy yo sola!
- Ya...

Y el doctor dijo de pronto, cuando menos podía esperarlo.

- Diga, y con alguna mujer, ¿no ha tenido trato sexual?
- Sí, señor...
- ¡Ya!
- Pero estoy arrepentida... Comprendo que no, que es indigno de mí... y no me volverá a pasar...
- ¡Ya! ¿Es usted artista?
- Soy pintora...
- Bien, muy bien – dijo tan contento como si me fuera a pedir un cuadro –. Usted desde muy niña sintió ese horror al hombre, como hombre...
- Sí, señor.
- Bien, muy bien. Jugaba como un chico... La familia la llamaba chico... Sentía disgusto por los adornos femeninos... alternativas, sin embargo, de feminidad y de violento masculinismo... Mucha timidez... Épocas de absoluta castidad coincidiendo con un trabajo artístico más intenso... Misticismo...
- ¡Mucho!
- Muy bien... desarreglos ováricos, irregularidades... dolores sordos...

- Sí, señor.
- Póngase de pie... vuélvase... Fuertes músculos en la espalda... Bien. El cuadro completo... Pues, esto que usted tiene no es de mi incumbencia... Debe ir a un psiquiatra. Yo le daré a usted una tarjeta... Puedo recomendarle a uno muy bueno y que no le llevará caro. Por el pronto, deseche usted esos trajes masculinos, pinte poco, ocúpese de la casa... Con el deseo de perfección que veo en su espíritu llegará a sobreponerse al desequilibrio de su naturaleza... y tratará de complacer a su marido sin demasiado esfuerzo – dijo sonriendo mientras escribía la tarjeta –. Su caso es más frecuente de lo que supone, sobre todo tratándose de artistas... Casi diría que el artista no es completo si no...

En la calle miré la tarjeta que me había dado y que estaba cerrada en el sobre, contra todas las leyes de la cortesía... La leí “Un caso típico de inversión del instinto en persona honrada, exactamente de lo que hablábamos el otro día. Creo que te interesará”.

Es decir que me mandaba al psiquiatra como un conejo de indias a un laboratorio... Gracias. No iría. La tarjeta la guardé en el bolsillo y recordé todos sus consejos. Fuera todos esos sastres masculinos, la casa, complacer a mi marido... deseo de perfección. Eso sí, puesto que la medicina esta en mí, yo la aplicaré con fe,.. Solo a Jorge tenía en el mundo. Ahora, después de la bochornosa experiencia del amor femenino, me sentía más casta que nunca, amputada de mi sensualidad, limpia de apetitos, sin sexo, como un ser casi divino...

Oculto sendero. Valencia de la Concepción (Sevilla), Renacimiento, 2016 (Pag. 432-434)

7-SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ (San Miguel de Nepantia, Nueva España, 1648-México, Nueva España, 1695)

De *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*

¿Pues qué os pudiera contar, Señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Ver que un huevo se une y se fríe en la manteca o aceite y, por contrario, se despedaza en el almíbar; ver que para que el azúcar se conserve fluida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria; ver que la yema y clara de un mismo huevo son tan contrarias, que en los unos, que sirven para el azúcar, sirve cada una de por sí y juntas no. Pero no debo cansaros con tales frialdades, que sólo refiero para daros entera noticia de mi natural y creo que os causará risa, pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupericio Leonardo: *Que bien se puede filosofar y aderezar la cena*. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: *Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito*.

Respuesta a Sor Filotea de la Cruz. Milano-Varese, Istituto Editoriale Cisalpino, 1953 (Pág. 100)

8-ANA MARÍA MATUTE (Barcelona, 1925-2014)

De *El río*

Los hornos

Cada quince días las mujeres de Mansilla se reunían en los hornos y amasaban. Esto constituía un acto importante, solemne como un rito. Eran designadas cuatro mujeres cada vez, que seguían turno riguroso, durante todo el año. Las muchachas, que empezaban a amasar a los catorce años, lo hacían ya toda la vida, mientras se sostuvieran sobre sus piernas,. Durante todo el día amasaban y cocían el pan del que se abastecía el pueblo entero.

Era muy bonito verlas, aquel día. Las cuatro mujeres –solían ser, por lo general, dos casi niñas y dos mayores– empezaban su tarea muy temprano. Bajaban las cuatro al río, junto a la Fuente Divina, y se lavaban concienzudamente manos y brazos hasta el codo. Charlaban, muy animadas, y parecía un día de fiesta. Luego, se afanaban en los hornos.

Los hornos estaban a la entrada del pueblo. Eran casuchas de piedra rojiza, muy viejas. El humo y un agradable olor a pan recién hecho los rodeaba. Los chiquillos acudían a ellos, al salir de la escuela, gritando. El afortunado que aquel día tenía a su madre, abuela o hermana en el horno, era asediado por los demás. Las mujeres hacían muñecos, todo cabeza, que más bien parecían renacuajos. Los cubrían de azúcar y los daban a los niños.

Era muy bonito y misterioso entrar en el horno. Mis hermanos y yo seguíamos a los muchachos del pueblo. Dentro, el fuego triunfaba, como un rojo dragón devorador. Las mujeres aparecían cubiertas de harina: los cabellos, las cejas y las pestañas blancas. Hasta las más ásperas y desabridas se mostraban ese día condescendientes con los niños. Modelaban muñecos y tortitas azucaradas, los pinchaban con una larga aguja para que entrara en ellos el dulzor y los entregaban a los muchachos, que se atropellaban en la puerta. Todos salíamos, al fin, nevados de harina y gozosos, con nuestra tortita o muñeco de pan bajo el brazo, a comérmolo junto al río.

Las cuatro mujeres del horno eran muy mimadas por las demás. Les llevaban comida en una cesta, primorosamente tapada con una servilleta. Todas se esmeraban en ofrecerles lo mejor, y las cuatro panaderas comían apresuradamente, y como sin darle importancia. Me gustaba mucho verlas, oírlas y hablarles. Dentro

del horno olía a fuego, a pan tierno; brillaba el agua en las artesas, y las hogazas, redondas y tiernas, se apilaban en las cestas.

En el nuevo pueblo, surgido a los bordes del pantano, ya no hay panaderas. Nadie elige a cuatro mujeres –dos jóvenes para que ayuden, dos veteranas para que enseñen–, ni se fabrican muñecos de pan de azúcar. El pan lo traen de otro pueblo, donde hay un solo panadero, que lo fabrica como en la ciudad. Llega todos los días en su camioneta, y las mujeres salen a comprarlo con la misma desgana con que compran las demás cosas. Porque a los campesinos de Mansilla, ahora privados de sus huertas, no les gusta comprar la comida. Están acostumbrados a arrancarla de la tierra, a recibirla de sus animales. No entienden que se entregue dinero a cambio de las cosas.

Ya no hay hornos. Los antiguos están apagados definitivamente bajo el agua. Ninguna niña de catorce años (como quien atraviesa, con esa nueva sabiduría, el umbral de la infancia) aprende a amasar el pan de todos los días.

El río. Barcelona, Plaza & Janés, 1994 (Págs. 91-93)

9-JOSEFINA CARABIAS (Arenas de San Pedro, Ávila, 1908-Madrid-1980)

De Como yo los he visto

Los profanos que leen los periódicos pensarán quizá que una entrevista es precisamente eso, contar lisa y llanamente una conversación, puesto que eso es lo que simulamos los periodistas. Pero los que, como yo, han hecho muchas en su vida, saben muy bien que en la mayoría de los casos hay que darle muchas vueltas e inventar muchas cosas para que el artículo salga presentable. Si yo me hubiera limitado en los tiempos en que me dedicaba a esta clase de trabajo a contar toda la serie de vaciedades que me decían los personajes a los que tenía que entrevistar, en la mayoría de los casos nos hubiéramos puesto en ridículo ellos y yo. Era preciso siempre llevar el interrogatorio con habilidad a fin de lograr que el *paciente* dijese algo original y divertido y, si esto no era posible, conseguir al menos que me lo dejase decir a mí y que lo aprobase para poder ponerlo después en su boca. Más tarde, y ya frente a las cuartillas, había que dar cien vueltas a las cosas, arreglarlas, limarlas, cocinarlas, en fin, cuidadosamente echándoles sal y pimienta. A veces, aun así, resultaban una memez, buenas solamente para llenar una columna a falta de cosa mejor,

Como yo los he visto. Encuentros con Valle Inclán, Unamuno, Baroja, Marañón, Pastora Imperio, Ramiro de Maeztu y Belmonte. Madrid, El País – Aguilar, 1998 (Pág. 151)

10-PURA VÁZQUEZ (Orense, 1918-2006)

De *Autopoética*

O meu mundo

Mentres que todo xace entre o pó e a vertixen,
eu volto os ollos a un mundo nado cada día.
Un mundo inocente onde os paxaros coroan os cumios.
Un mundo cotián que fago meu intre a intre.
Un mundo largo coma un largo brazo de soidade.
Nil caben todos os cantos, todo o que é nidio e lene,
todos os amores, toda a dozura. Unha fonda
paz lle rube ata nós por os estrilos da ialma,
entre as codias enlevadas do aborrecemento.

No meu mundo non tén cabemento a violencia,
as horas malditas mensaxeiras de morte.
Porque eu adoro a morneza, o saibo óptimo das colleitas,
a nobre voz, a fartura arreitada entre todos,
ollar saíz un sol amable por detrás das persianas,
que brille nos ollos un atadallo de luz.

Pero todo se troca cando a radio fala de países en loita,
dos nenos famentos, de bombas e tanques.
Cando escoito berrar maldizóns ó redor
e vexo as imaxes na pequena pantalla
dos que con enganos manexan as xentes sinxelas;
o lume intencionado e o crime
aburando sen trégola os montes e as cidades.

Entón penso se é verdade que o meu pequeno mundo me pertence
se pode ser meu, cando o ceo amorea o loito
nos ancos do planeta e surxen anémicos,
maltreitos ou sangueantes os rostos dos homes
na miña memoria, coma un presente acoitelado.

“Autopoética”, en **“Boletín galego de literatura”**, 6 (1991).
Santiago de Compostela, Servicio de Publicacions e Intercambio
científico da Universidade de Santiago de Compostela, 1989- (Pág.
156-157)

Mi mundo

Mientras que todo duerme entre el polvo y el vértigo
yo vuelvo mis ojos a un mundo que nace cada día.
Un mundo inocente donde los pájaros coronan las cumbres.
Un mundo cotidiano que hago mío a cada instante.

Un mundo largo como un largo brazo de soledad.
En él caben todos los cantos, todo lo que es claro y suave,
todos los amores, toda la dulzura. Una profunda
paz que trepa hasta nosotros por los estribos del alma
entre las cortezas elevadas del odio.

En mi mundo no tiene cabida la violencia,
las horas malditas mensajeras de muerte.
Porque yo adoro la templanza, el sabor óptimo de las cosechas,
la voz noble, la abundancia conseguida entre todos
ver cómo sale el sol amablemente por detrás de las persianas
que brille en los ojos como un manojo de luz.

Pero todo cambia cuando la radio habla de países en lucha,
de niños hambrientos, de bombas y tanques.
Cuando escucho gritar maldiciones a mi alrededor
y veo las imágenes en la pequeña pantalla
de los que con engaños manejan a la gente sencilla;
y el fuego intencionado y el crimen
arrasando sin tregua los montes y ciudades.

Entonces pienso si es verdad que mi pequeño mundo me pertenece
si puede ser mío, cuando el cielo se une al luto
a los lados del planeta y surgen anémicos
maltrechos y sangrantes los rostros de los hombres
en mi memoria, como un presente acuchillado.

Traducción libre de de Antonia Mauro del Blanco

En: <http://www.mundopoesia.com/foros/>

11-LUISA CARNÉS (Madrid, 1905-Ciudad de México, 1964)

De *Tea rooms, mujeres obreras*

Pero “una” no protesta nunca, al menos ante la encargada o el jefe supremo, el propietario; “una” se conforma con murmurar un poquito de la pocilga inmunda, mientras se viste o desnuda en ella, con la compañera de turno. Lo natural es que no se ocupe siquiera del abandono y carencia de higiene de la cabina. Ya está “una” inmunizada contra el mal olor, de tal modo, que apenas lo siente; sobre todo desde los dos minutos en delante de hallarse bajo su influencia. Además, se disfruta de tan escasa libertad en la casa que es una lástima perder los cinco o diez minutos que se invierten en el canjeo del indumento en inútiles lamentaciones o en vanos comentarios. Lo único eficaz sería elevar a la dirección una protesta colectiva. Ya se ha tratado más de una vez del asunto, pero tras muchas discusiones no se ha llegado nunca a un acuerdo: el temor de cada dependienta a perder el empleo ha ahogado la protesta. Ya una vez fue despedida una de ellas a propósito de un fuerte altercado con la encargada respecto del tema. ¡Bueno! Es un asunto nada nuevo. Las muchachas hallan siempre motivos más interesantes para sus breves charlas ocasionales; por ejemplo, el vestido de verano o el abrigo de invierno, ese único vestido temporal de la obrera, cuya adquisición y “estreno” reviste en casi todos los casos enorme transcendencia; las confidencias íntimas; los “me dijo”, “te dijo”, de la compañera; el “asunto” de la encargada. Los problemas de orden “material” (social) no han adquirido aún bastante preponderancia entre el elemento femenino proletario español. La obrera española, salvo contadas desviaciones plausibles hacia la emancipación y hacia la cultura, sigue deleitándose con los versos de Campoamor, cultivando la religión y soñando con lo que ella llama su “carrera”: el marido probable. Sus rebeliones, si alguna vez las siente, no pasan de momentáneos acaloramientos sin consecuencia. Su experiencia de la miseria no estimula su mentalidad a la reflexión. Si un día su falta de medios económicos la constriñe al ayuno forzoso, cuando come lo hace hasta la saciedad. Y las dos cosas dentro de la más perfecta inconsciencia. La religión la hace fatalista. Noche y día. Verano e invierno. Norte y sur. Ricos y pobres. Siempre dos polos. ¡Bueno! A veces – pocas – siente que su vida es demasiado monótona y dura, pero su mente contiene suficientes aforismos tradicionales, encargados de convencerla de su error y la inmutabilidad de la sociedad hasta el fin de los siglos. Esos proverbios son también

quienes le han asegurado que no posee sobre la tierra otro patrimonio que sus lágrimas, y por eso tal vez las prodiga.

Tea rooms, mujeres obreras. Xixón, Hoja de Lata, 2016 (Págs. 42-43)

12-GLORIA FUERTES (Madrid, 1917-1998)

De *Antología y poemas del suburbio* (1954)

Nota biográfica

Gloria Fuertes nació en Madrid
a los dos días de edad,
pues fue muy laborioso el parto de mi madre
que si se descuida muere por vivirme.
A los tres años ya sabía leer
y a los seis ya sabía mis labores.
Yo era buena y delgada,
alta y algo enferma.
A los nueve años me pilló un carro
y a los catorce me pilló la guerra;
A los quince se murió mi madre, se fue cuando más falta me hacía.
Aprendí a regatear en las tiendas
y a ir a los pueblos por zanahorias.
Por entonces empecé con los amores,
-no digo nombres-,
gracias a eso, pude sobrellevar mi juventud de barrio.
Quise ir a la guerra, para pararla,
pero me detuvieron a mitad del camino.
Luego me salió una oficina,
donde trabajo como si fuera tonta,
-pero Dios y el botones saben que no lo soy-.
Escribo por las noches
y voy al campo mucho.
Todos los míos han muerto hace años
y estoy más sola que yo misma.
He publicado versos en todos los calendarios,
escribo en un periódico de niños,
y quiero comprarme a plazos una flor natural
como las que le dan a Pemán algunas veces.

Antología poética (1950-1969). Barcelona, Plaza & Janés, 1975
(Págs. 75-76)

13-MERCÉ RODOREDA (Barcelona, 1909-Girona, 1983)

De *La plaça del Diamant*

XXV

L'endemà, a la casa dels meus senyors, vaig trencar un vas i me'l van fer pagar per nou, això que ja estava una mica esquerdat. Quan vaig arribar al pis, carregada amb les veces, cansada que no podia més, em vaig haver d'aturar i tot davant de les balances dibuixades a la paret, que quan estava cansada era on se m'acabava l'alè. Vaig clavar un parell de castanyes al nen sense raó, i va plorar, i la nena, quan el va veure plorar, també es va posar a plorar, i ja érem tres, perquè jo també em vaig posar a plorar i els coloms parrepejaven i quan va arribar en Quimet ens va trovar amb la cara rajant llàgrimes i va dir que només li faltava aquesta.

La plaça del Diamant. Barcelona, Club Editor, 1995 (Pág. 123)

De *La plaza del Diamante*

XXV

Al día siguiente, en casa de mis señoras, rompí un vaso y me lo hicieron pagar como nuevo aunque estaba ya un poco resquebrajado. Cuando llegué al piso, cargada con las arvejas, cansada a más no poder, tuve que pararme y todo delante de las balanzas dibujadas en la pared, que era el sitio en que se me acababa el aliento cuando estaba cansada. Le pegué un par de cachetes al niño sin razón, y lloró, y la niña, cuando le vio llorar, también se puso a llorar, y ya éramos tres, porque yo también me puse a llorar y las palomas zureaban y cuando llegó el Quimet nos encontró con la cara chorreando lágrimas y dijo que sólo le faltaba eso.

La plaza del Diamante. Traducción de Enrique Sordo. Barcelona, Salvat, 1994 (Pág. 117)

14-IDEA VILARIÑO (Montevideo, 1920-2009)

De *Nocturnos*

Eso

Mi cansancio
mi angustia
mi alegría
mi pavor
mi humildad
mis noches todas
mi nostalgia del año
mil novecientos treinta
mi sentido común
mi rebeldía
mi desdén
mi crueldad y mi congoja
mi abandono
mi llanto
mi agonía
mi herencia irrenunciable y dolorosa
mi sufrimiento
en fin
mi pobre vida.

En *Poemas de amor / Nocturnos*. Barcelona. Lumen, 1984 (Pág. 92)

15-CIRCE MAIA (Montevideo, 1932)

De *El puente* (1970)

Esta mujer

A esta mujer la despierta un llanto:
se levanta medio dormida.
Prepara una leche en silencio
cortado por pequeños ruidos de cocina.

Mira cómo envuelve su tiempo
y en él está viva.
Sus horas
fuertemente tramadas
están hechas de fibras resistentes
como cosas reales: pan, avena,
ropa lavada, lana tejida.

Cada hora germina otras horas
y todas son peldaños
que ella sube y resuenan.
Sale y entra y se mueve
y su hacer la ilumina.

En ***Múltiples paseos a un lugar desconocido: antología poética (1958-2014)***. Valencia, Editorial Pre-Textos, 2018 (Pág. 71)

16-EMILIA PARDO BAZÁN (La Coruña, 1851-Madrid 1921)

De *Memorias de un solterón*

-¡Calle usted! Déjeme de notabilidades... Feíta es listísima, demasiado lo sé; cuando discurre, discurre mejor que nadie... Pero no está en caja. Esa sí que me dará guerra. Las otras tienen sus adoradores, como es natural que los tenga a su edad una muchacha; se despepitan por galas, por diversiones, por lo que alborota a todas las chicas del mundo; están dentro de su edad, dentro de su sexo, se ajustan a las leyes de la sociedad y la naturaleza... Feíta... con dolor lo declaro... Es un monstruo, un fenómeno aflictivo y ridículo, y si Dios no lo remedia... Ha hecho cuanto cabe para salir de su esfera y del lugar que Dios la ha señalado; como si fuese un hombre, ha leído los libros más perniciosos; ha desgarrado velos que conviene a toda señorita respetar, y por efecto de sus disparatadas lecturas y de sus atrevidos estudios, piensa, habla y quiere proceder como procedería una mujer emancipada, y temo que por ella, ¡por ella sí, y no por las otras criaturas! vamos a ser la fábula de la población. Ahora se le ha metido en la cabeza el mayor de los absurdos; pretende, fundándose en el supuesto de que las mujeres deben ganarse la vida lo mismo que los hombres, dar lecciones a domicilio a los chicos, prepararlos para el bachillerato... ¡qué sé yo! Delirios todo. ¡Y para esta hazaña quiere salir sola, ir sola a donde se le antoje, volver a la hora que le acomode, disponer de lo que gane, y por este estilo!

Memorias de un solterón. Madrid, Cátedra, 2004 (Págs. 164-165....)

17-VICTORINA DURÁN (Madrid, 1899-1993)

De *Mi vida*

Como Margarita [Xirgu] en el teatro no tenía tiempo para charlar, pronto me invitó a ir a comer a su casa. Después íbamos a dar un paseo por el Retiro y, si no había ensayo, con el coche hasta la sierra, a ver y pisar nieve. Hablábamos de todo y todo lo comentábamos. En invierno, a las cuatro y media o cinco, volvíamos a Madrid. A veces me quedaba en el ensayo hasta la hora de la función, en que me iba a mi querido Lyceum.

Hice figurines para varias de sus obras, en las que el escenógrafo era Sigfrido Burmann, con el que estaba muy “sintonizada” para la colaboración de sus decorados y mis trajes.

Un día tuve el encuentro sensacional de conocer a Federico García Lorca. También nos unió el “chispazo” de la amistad. Nos íbamos a un café de la calle de la Visitación a charlar, charlar y charlar. Muchas veces que yo estaba comiendo en casa de Margarita, sonaba el teléfono y la muchacha decía: “No entendí bien, algo así como Filipuncio Estratoguen de Zuzuleto”. Margarita me decía: “Ve al teléfono, que es Federico, y dile que venga a tomar café”. Y Federico llegaba al minuto, como si hubiese llamado desde la portería.

Empezaron los ensayos de *Yerma*. Era maravilloso ver cómo iba tomando cuerpo la obra leída por Federico. Cada día un acierto nuevo, era una creación continuada. Creo que no hay placer mayor en la vida como el trabajo teatral. La fantasía hecha realidad para transmitirla al público, viviéndola desde la escena.

Mi vida 1. Sucedió. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2018 (Pág. 246-247)

18-IDA VITALE (Montevideo, 1923)

De *Trema* (2005)

Fortuna

Por años, disfrutar del error
y de su enmienda,
haber podido hablar, caminar libre,
no existir mutilada,
no entrar o sí en iglesias,
leer, oír la música querida,
ser en la noche un ser como en el día.

No ser casada en un negocio,
medida en cabras,
sufrir gobierno de parientes
o legal lapidación.
No desfilar ya nunca
y no admitir palabras
que pongan en la sangre
limaduras de hierro.
Descubrir por ti misma
otro ser no previsto
en el puente de la mirada.

Ser humano y mujer, ni más ni menos.

En ***Todo de pronto es nada***. Salamanca, Ediciones de la
Universidad de Salamanca; Madrid, Patrimonio Nacional, 2015
(Pág. 252)

19-CARMEN BAROJA Y NESSI (Pamplona, 1883-Madrid, 1950)

De *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*

Mi madre me acostumbró desde pequeña, sin violencia, y acaso yo era muy a propósito, para sentir la idea del deber. Mis hermanos y luego mi marido lo aceptaban. La moral de mi casa, muy *a la española*, era por demás rígida para mí en cosas pueriles y sin importancia, y muy laxa para mis hermanos en cosas que yo, ya entonces, consideraba importantes. Luego, después de casada, esta moral todavía se acentuó más y ya no tuve derecho más que a hacer mis labores domésticas y llevar la carga de muchísimas cosas. Lo que pudiera hacer fuera de esto o de ahorrar molestias y trabajos a los demás era como robar algo a mis deberes de mujer de su casa. Según mi familia no tenía derecho a nada más o acaso yo lo pensaba.

Si hubiera tenido medios propios, en alguna ocasión hubiera agarrado a mis hijos y me hubiera marchado, pero no tuve nunca medios, ni serví para ganar nada por falta de preparación, ni tuve coraje para intentarlo, ni de soltera, ni de casada. Probablemente, ha sido mejor.

Mis hijos desde muy pronto... Julito era pequeñísimo cuando ya se daba cuenta de todo. Ellos han sido los que han sabido conocer a cada uno de la familia mejor que nadie. A mí, además del cariño natural, me aprecian y me estiman; en el fondo, son los únicos de mi alrededor que me han querido de veras.

Por eso yo quisiera, antes de volverme egoísta con ellos, antes de defraudarles como yo me sentí defraudada y que pudieran perder esa estimación que tienen por mí, morirme mil veces, porque únicamente quien lo ha pasado sabe el sufrimiento que supone la desilusión en plena juventud por personas a las que se ha querido y de las que se ha esperado y supeditado todo en la vida.

Recuerdos de una mujer de la generación del 98. Barcelona, Tusquets, 1998 (Pág. 45-46)

20-CONCHA MÉNDEZ (Madrid, 1898-Ciudad de México, 1986)

De *Concha Méndez: memorias habladas, memorias armadas*

Cuando apareció en las librerías la *Antología Poética* que me publicó Joaquín Mortiz y me trajeron al sanatorio las reseñas, comprendí que mi vida estaba llena de estímulos y me dieron ganas de vivir.

Aquel placer de volver a la vida se contrastaba con el sufrimiento de las personas que conocí en el psiquiátrico. Conocí a muchas mujeres, porque mi temperamento atrae a los infelices y a los introvertidos que quieren contar su vida. Con cualquier persona puedo hablar; siento el mismo interés por la vida de mi lavandera, que por la vida de la señora de negocios que se instala durante el verano en un pabellón de lujo del hospital psiquiátrico. Y así fue como conocí a una pobre chica de Xochimilco, a una monja vieja y abandonada por las madres superiores, por ya no servir; y a todo tipo de infelices. Los había que no dejaban de gesticular que estaban comiendo, que se mecían; y había cuarto para histéricas. Todas las tardes salían los gritos de los locos por las ventanas enrejadas. Ante ese panorama, cualquiera se cura; y fue entonces que comprendí que debería hacer las paces con el mundo. Al mes volví a casa. Y debe de haber sido la misma voluntad del destino que me impidió morir, aquella que me hizo ver lo que hace años no veía. Parece que, cuando se llega a viejo, se tiene la necesidad de levantarse para ir al baño. Yo me levanté la noche de mi llegada y vi un amanecer precioso y, de cerca, el jardín. Por todo esto que veía, me entró de golpe una gana de continuar, de anhelo de vida, una alegría por despertar.

Concha Méndez: memorias habladas, memorias armadas.

Madrid, Mondadori, 1990 (Pág. 142-143)